Por su “Carretera”, los pasos firmes de un poeta narrador

Antonio Álamo Salazar

Sobre mi mesa de trabajo, como una continua invitación para asomarme ella está, *Una ventana a la carretera*. Es un grabado de tonalidades ocres, grises y azules con una ventana abierta hacia dentro de par en par, y al fondo, arrancando de la misma ventana y perdiéndose en lejanía la cinta clarosocura de la carretera.

Se tata sencillamente, de un libro. Un libro del poeta leonés Antonio Pereira. La ventana abierta es una tentación, para que por ella se asome al corazón. Y así ha estado durante meses, desde el invierno cuajado, hasta el florido mes de mayo, en que, por fin, nos hemos asomado a esa ventana.

...Y nos alegramos habernos asomado, porque hemos contemplado un magnífico panorama, insospechado, estupendo. El panorama de un estilo narrador francamente sugestivo, rotundamente hecho, perfectamente logrado.

Conocíamos a Antonio Pereira en sus versos. La poesía candente y cordial de "El Regreso" (primer libro suyo, publicado por "Adonais" en 1964) llegó a nosotros, primero en la propia voz del autor, en recitales en tierras palentinas, y después (para un saboreo más detenido) en la letra impresa de la publicación.

Allí, en "El Regreso", estaba un poeta cuajado, apuntando ya una definida personalidad, que se rubrica inequívocamente en su segundo libro poético, "Del monte y los caminos" (publicado por "El Bardo", en Barcelona y 1966).

Pero no conocíamos al Pereira narrador. Y al asomarnos a esta "ventana abierta", le hemos visto; le hemos contemplado caminando con seguridad por su "carretera". No es de extrañar que el librito, "Una ventana a la carretera", haya merecido el Premio "Leopoldo Alas", para Cuentos literarios, en 1967.

"Una ventana a la carretera" es el título del primer cuento de este libro; el cuento encabeza una colección de 16 relatos literarios, de gran interés. Y en los que el estilo narrativo está puro, abierto, llano y sin complicaciones. Desde el cuento inicial, "Una ventana a la carretera", prende la inquietud del lector, y ya no abandona el libro

hasta culminar el camino, y terminar con el breve cuentecillo, lleno de ternura y de gracia, de "Pablito apóstol".

Pereira, a través de estos 16 cuentos, o relatos literarios, además de excelente narrador (ya lo hemos apuntado), se revela como poseedor de extraordinarias dotes escritoras para brindar semblanzas humanas con una inusitada robustez. Es esta su colección de cuentos, a la vez, una estupenda exposición de retratos, de vigorosos y definidos trazos. Desiderio, el sacristán de su primer cuento; o el mañoso Rabanillos, en el relato de este mismo título; o la nostalgia de Arsenio Quilós, en "La tienda de Paco Santín"; o los tipos, perfectamente logrados, de los nocherniegos, en "La Crápula"; o Álvaro Torre de Peñasanta, con sus humos aristocráticos, en "El fuero y el huevo"; o la socarronería del tío Saturno, en "El tío Candela"...

Pero no puede ocultar Antonio Pereira su condición de poeta, y en el propio relato se adivina al vate, ya que su prosa brinda a la narración repetidas veces no pocas aspersiones de lirismo.

En definitiva, Antonio Pereira, el poeta leonés, se consagra como prosista en este su primer libro, un estupendo tratado de cuadros costumbristas, donde se lee con ilusión, y en el que se vive la gracia humana de toda una diversidad de tipos logrados en su descripción con indudable maestría.